

## El cine en fuera de juego

(Crónica airada del curso cinematográfico 2006)

Manuel J. Lombardo

Escindido en dos universos paralelos, el de la tradicional exhibición comercial en salas y el de esa nueva, democratizadora y preparada cinefilia que se refugia en Internet y en la generosidad de los intercambios puerto a puerto, el panorama cinematográfico de los albores del siglo XXI ha de ser obligatoriamente repensado y redefinido si queremos hacer un balance que no se limite a glosar la lista de las mejores, peores, más o menos premiadas películas de cada temporada.

Si ya apuntábamos aquí el año pasado cómo las nuevas formas de consumo y recepción del cine (el DVD, el *home-cinema*...) conducían a nuevas formas de valoración crítica y apreciación histórica, la tendencia no ha hecho sino acrecentarse en la lógica multiplicación de la accesibilidad a las obras gracias a la tecnología y al nacimiento de una nueva (y rejuvenecida) comunidad cinéfila, un acceso hasta ahora limitado a los pocos (y veteranos) privilegiados que se paseaban por los festivales internacionales o que tenían la suerte de vivir en grandes ciudades con amplia oferta cultural.

Sin embargo, y mal que les pese a los celosos guardianes del gusto o de los derechos de autor, se impone hoy una imparable y libre circulación de películas que no sólo amplia forzosamente nuestro hasta ahora pobre horizonte de conocimiento, sino que desenmascara de una vez por todas las dictaduras del consumo marcadas por distribuidores, exhibidores, publicistas y, cómo no, por ese selecto y elitista grupo de críticos que determinaban desde su butaca las tendencias, modas y autores de cada momento.

Este nuevo panorama, que a la luz de la rutinaria información generalista pareciera seguir por el mismo camino de siempre (véase o léase la continua y machacona promoción de los títulos de *obligada visión*, ya sean norteamericanos, europeos o españoles, de *Crash* a *Volver*, de *Brokeback mountain* a *Alatriste*), presenta sus particularidades en un país como España, donde una incomprensible inercia mantiene nuestra distribución muy lejos de los circuitos de vanguardia, o simplemente de calidad, del cine contemporáneo.

Atrapada entre el poderío de los *blockbusters* de temporada auspiciados por Hollywood, el cine destinado al público infantil y adolescente (donde aún se refugian ciertas ráfagas de creatividad de la mano de los formatos digitales: *Happy feet*, *Ratónpolis*) y una muy conservadora y poco actualizada concepción del *cine de autor*, la exhibición comercial en nuestro país, incluso a pesar del nuevo empuje de compañías de distribución independientes (Notro, Golem, Vértigo, Nirvana, Karma, Alta, etc.), parece dar la espalda a lo más jugoso e interesante que se cuece en el cine internacional, incluyendo a cierto cine español en los márgenes (*Honor de cavallería*, *El taxista ful*, *La leyenda del tiempo*, *La silla*, *Días de agosto*, *La casa de mi abuela* o esa pequeña joya de Víctor Erice titulada *La morte rouge*, concebida para la instalación *Correspondencias* Erice-Kiarostami), en su mayor parte a mitad de camino entre el documental y la ficción en una hibridación eminentemente contemporánea, y que apenas ha encontrado hueco en la cartelera más allá de las contadas salas (¡o museos!) de Madrid y Barcelona.

Así, por ejemplo, si uno echa un vistazo a la lista de las diez mejores películas del año según una revista-faro como *Cahiers du cinéma*, podrá comprobar cómo la gran mayoría de los títulos citados no se han estrenado en nuestro país: *Cœurs*, del octogenario Resnais; *Le Soleil*, del ruso Sokurov; *Lady Chatterley*, de Pascale Ferran; *Un couple parfait*, del japonés Suwa; *Il loro incontri*, de los duros Huillet y Straub. Ni

éstas ni las anteriores obras de sus respectivos autores, que se suman así a una larga nómina de directores *invisibles* en nuestro país. Sí que han podido verse en España, miren por donde, los títulos norteamericanos que selecciona *Cahiers: La joven del agua*, de Shyamalan, *Truman Capote*, de Miller; *Infiltrados*, de Scorsese, *Banderas de nuestro padres*, de Eastwood y *El nuevo mundo*, de Malick, curiosamente todos ellos fruto de esa (lógica y fiel) política de los autores (dentro del sistema) que desde las páginas de esta revista tanto se ha extendido como criterio crítico desde los años cincuenta hasta nuestro días.

Pero es que cabe decir lo mismo, a saber, que permanecen inéditos comercialmente en España a fecha de hoy (ya 2007), de otros títulos que aparecen insistentemente en las listas elaboradas por críticos y cinéfilos de todo el mundo en revistas especializadas o en los cada vez más crepitantes foros de Internet: *Flandres*, de Bruno Dumont, *Juventude em marcha*, del portugués Pedro Costa, *Woman on the beach*, del surcorerano Hong Sang-Soo, *Il caimano*, de Nanni Moretti, *Les amants réguliers*, de Philippe Garrel, *Still life*, de Jia Zhang-ke (León de Oro en Venecia) u *Old joy*, de Kelly Reichardt. Se nos podrá acusar de elitismo cinéfilo, qué remedio, y rebatirnos también, con razón, que el calendario español de estrenos va lento pero seguro; algo que, por otro lado, convierte en nuestras favoritas de 2006 a algunas cintas producidas o estrenadas en 2005 (*Caché*, de Michael Haneke; *Tropical malady*, de Apitchapong Weerashetukul; *Grizzly man*, del incombustible Werner Herzog, *Tiempos de amor, juventud y libertad*, de Hou Hsiao-Hsien, *De latir mi corazón se ha parado*, de Jacques Audiard, *Una historia de Brooklyn*, de Noah Baumbach, *El gran silencio*, de Philip Groening, *Workingman's death*, de Michael Glawogger...).

Lo que para este cronista será siempre un misterio son esos supuestos criterios por los que las distribuidoras diseñan su estrategia de compra, por un lado, y su programación de fechas de estreno, por otro. Puede pasar incluso, como así sucede si se vive fuera de las dos ciudades más importantes de nuestro país, que el lanzamiento en DVD de la película se produzca antes de su posible estreno en la cartelera.

Tal vez, me temo, no tengan ni hueco en la cartelera, cada vez más asfixiada por los interminables e infumables lotes que las grandes compañías norteamericanas obligan a comprar junto a sus títulos-insignia, ni tampoco demasiada confianza en un espectador viciado y poco educado (cinematográficamente, se entiende) al que resulta muy difícil, por no decir imposible, *venderle* la última perla tailandesa de un cineasta de nombre impronunciable. Qué se le va a hacer.

Mientras tanto, el cine popular de Hollywood patina en la calidad de sus *best-sellers* de avanzadilla (*El código da Vinci*, *Piratas del caribe*, *Memorias de una geisha*), sigue buceando (con síntomas de evidente falta de oxígeno) en el baúl de sus recuerdos (ahí tienen el *noir* reconstruido de *La dalia negra* o *Hollywoodland*, el *neowestern* en la sobrevalorada *Brokeback mountain* y en la más recia *Los tres entierros de Melquíades Estrada*, el *remake* atmosférico de *Miami Vice*, de Michael Mann, la conciencia de la Norteamérica progresista en *Buenas noches y buena suerte*, de George Clooney), repensando la historia reciente en clave crítico-catártica (*United 93*, *World trade center*, *Munich*, *Syriana*) o vendiendo posmodernidad y grandes ideales a precio de saldo (*Crash/Babel*, dos caras de una misma y falsa moneda).

La supuesta *independencia* diluyó su radicalidad en fábulas amables y simpáticas para públicos amplios (*Pequeña Miss Sunshine*, *Todo está iluminado*, *C.R.A.Z.Y.*), en versiones descafeinadas y repetitivas de viejas fórmulas contestatarias (*Palíndromos*, de Todd Solondz) o, en el mejor de los casos, siguió buscando por la tangente y a ras de suelo historias de *freakies* en el país de las oportunidades (*The devil and Daniel Johnston*, *Transamerica*, *Junebug*, *Bubble*, *The king*).

Europa premió al Ken Loach más maniqueo y automático en muchos años (*El viento que agita la cebada*, Palma de Oro en Cannes), ignoró la pequeña y gélida grandeza de Aki Kaurismaki (*Luces al atardecer*) y la repetición de Lars Von Trier (*Manderlay*), amó a la España de Almodóvar (*Volver*), olió a *Perfume* caro, resucitó al viejo Este (*Algo parecido a la felicidad*, desde la República Checa) y hurgó también en la historia reciente (*Grbavica*, *The Queen*) con más corrección y buenas intenciones que ideas cinematográficas. Latinoamérica nos metió *En la cama* (Matías Bize), nos dio lecciones de *Derecho de familia* (Daniel Burman) y recordó a la *mano de Dios* (*El camino de San Diego*, *Amando a Maradona*) con sobredosis de almíbar. Y en España, nuestra querida España, se siguió premiando en taquilla la mediocridad de lo mediático (*Isi/Disi*, *Los mánagers*, *La máquina de bailar*, *Cándida...*), se apostó con toda la maquinaria oficial a caballo ganador (*La vida secreta de las palabras*, *Alatriste*, *Volver*, *Salvador*, *El laberinto del fauno*), se dejó el obligado hueco a las jóvenes promesas (*Vete de mí*, *Azuloscurocasinegro*, *La noche de los girasoles*) y se ignoró, como siempre, olímpicamente, la calidad y el rigor de los francotiradores. Han tenido que ser esos insolentes y pedantes vecinos franceses los que nos recuerden, por ejemplo, la valía de dos títulos como *Lo que sé de Lola*, de Javier Rebollo, y la radicalmente quijotesca *Honor de cavallería*, así, con v, en catalán, de Albert Serra. Qué sabrán ellos.